

Los exploradores del siglo XIX



Julio Verne



Los exploradores del siglo XIX



Julio Verne





En los albores del siglo XIX, el rápido progreso científico y técnico permite a los viajeros franquear las fronteras alcanzadas por las expediciones de sus antepasados: los desiertos más intransitables, los mares más insondables, las montañas más inaccesibles. Ahora nada impide que Humboldt o Dumont d'Urville viajen a lugares desconocidos del mundo. En la estela del *Astrolabe*, la conquista de nuevos horizontes polares está en marcha. Redescubrir Julio Verne y embarcarse con los grandes exploradores gracias a esta increíble épica, al mismo tiempo historia de aventuras y documento histórico, que representa el descubrimiento de la Tierra.



Jules Verne

Los exploradores del siglo XIX

Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros - 3

ePub r1.1

Titivillus 08.12.2017

Titulo original: *Les voyageurs du XIX siecle*
Jules Verne, 1880

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

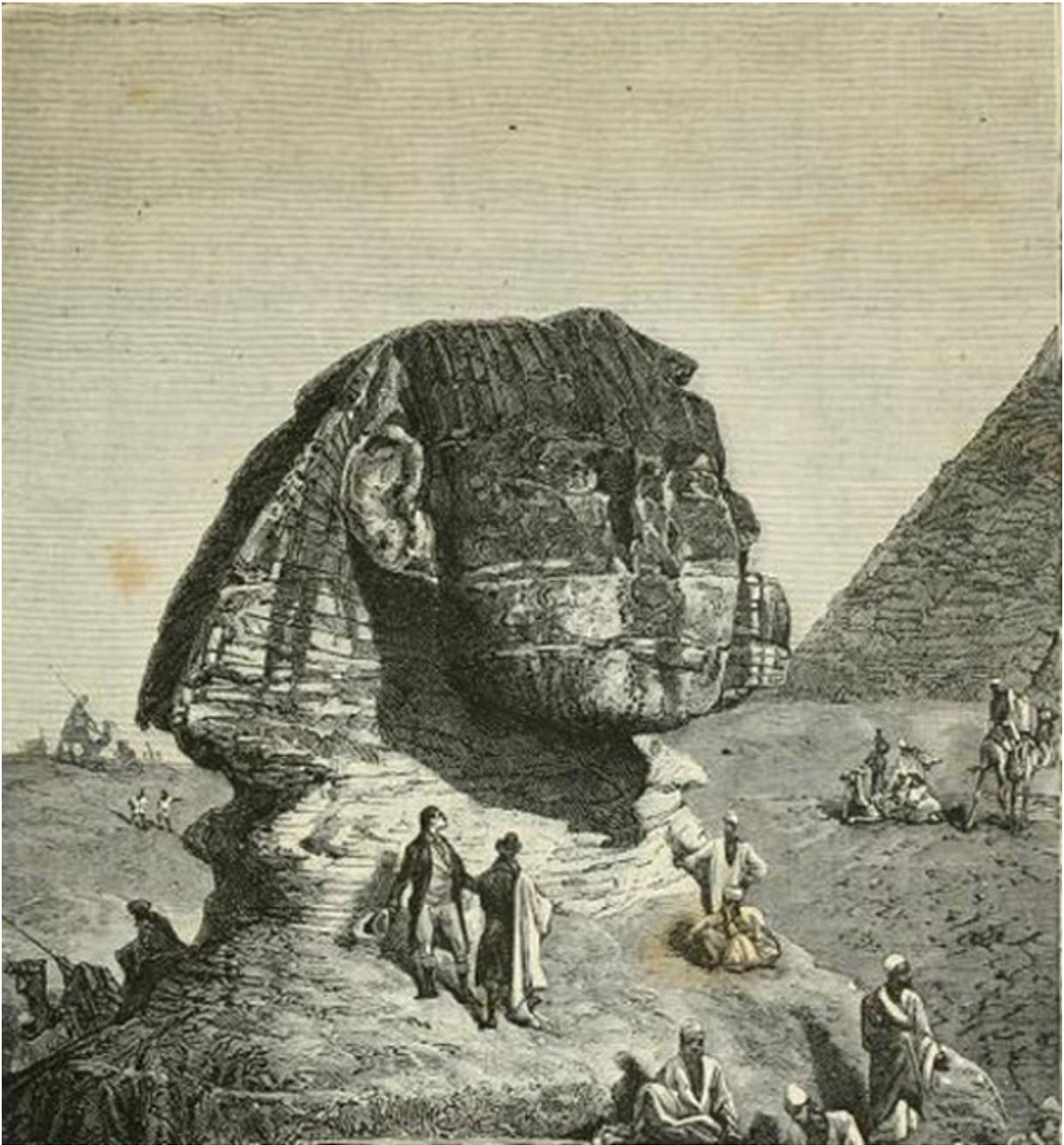


JULES VERNE

LES VOYAGEURS DU XIX^e S.







PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La aurora de un siglo de descubrimientos. — Lentitud de los descubrimientos durante las luchas de la república del imperio. — Viajes de Seetzen por Siria y por Palestina. — El Huran y el periplo del Mar Muerto. — La Decápolis. — Viaje por Arabia. — Burckhardt en Siria. — Correrías por Nubia en las dos orillas del Nilo. — Peregrinación a la Meca y Medina. — Los ingleses en la India. — Weeb en las fuentes del Ganges. — Relación de un viaje por el Pendyab. — Christie y Pottinger en el Sindia. — Estos mismos exploradores atravesando el Beluchistán hasta Persia. — Elphinstone en el Afganistán. — La Persia según Gardane, Dupré, Morier, McDonald, Kinneir, Price y Ouseley. — Guldenstaedt y Klaproth en el Cáucaso. — Lewis y Clarke en las montañas Roquizas. — Raffles en el Sumatra y en Java.

El fin del siglo XVIII y el principio del XIX, experimentaron una sensible disminución en el curso de los grandes descubrimientos geográficos. Hemos visto que la república francesa organizó la expedición en busca de *La Perouse* y el importante crucero del capitán Boudin por las costas de la Australia.

Éstos son los únicos testimonios del interés que las pasiones desencadenadas y las luchas fratricidas permitieron dar al gobierno francés en favor de la ciencia geográfica. Posteriormente Napoleón en Egipto, rodeándose de un brillante estado mayor de hombres científicos y de artistas distinguidos, hizo reunir los materiales de la grande y hermosa obra que fue la primera que dio una idea exacta, aunque incompleta, de la antigua civilización de la tierra de los Faraones. Pero cuando al general Bonaparte

sucedió el emperador Napoleón, el egoísta soberano, sacrificándolo todo a su detestable pasión de la guerra, no quiso que le volviesen a hablar más de exploraciones, ni de viajes, ni de descubrimientos. Consideraba que esto hubiera sido robarle los hombres y el dinero que necesitaba. El consumo que de ellos hacia era demasiado grande para que no creyera que era desperdiciarlos en cosas fútiles emplearlos en los adelantos de la ciencia, y así se vio que por algunos millones cedió a los Estados Unidos los últimos restos del imperio colonial francés en América, Por fortuna los demás pueblos no estaban oprimidos por aquella mano de hierro; y aunque ocupados en la guerra contra la Francia, encontraron todavía hombres de buena voluntad que extendieron el campo de los conocimientos geográficos, constituyeron la geología sobre bases verdaderamente científicas y procedieron a las primeras investigaciones lingüísticas y etnográficas. El sabio geógrafo Maltebrun en un artículo que publicó en 1817 a la cabeza de los Nuevos Anales de Viajes, marca minuciosamente y con gran precisión el estado de nuestros conocimientos geográficos a principios del siglo XIX y los muchos desiderata de la ciencia. En este artículo enumera los progresos ya hechos por la navegación, la astronomía y la lingüística; y lejos de ocultar los descubrimientos como lo habían hecho por celos la Compañía de la bahía de Hudson y la Compañía de las Indias, funda academias, publica Memorias y estimula los viajes. La guerra misma es utilizada y el ejército francés recoge en Egipto los materiales de una inmensa obra.

Hay, sin embargo, un país que desde el principio del siglo preludia los descubrimientos que sus viajeros debían hacer: este país es la Alemania. Estos primeros exploradores proceden con tanto cuidado y están dotados de una voluntad tan firme y de un instinto tan seguro, que no dejan a sus sucesores sino la tarea de confirmar y completar sus descubrimientos.

El primero en el orden de fechas es Ulrico Jasper Seetzen, que nació en 1767 en la Frisia oriental. Seetzen, después de haber acabado sus estudios en Gotinga, comenzó por publicar algunos ensayos sobre la estadística y sobre las ciencias naturales, hacia las cuales sentía una inclinación especial. Estas publicaciones atrajeron la atención del gobierno, el cual le nombró consejero áulico en la provincia de Téver.

El sueño de Seetzen, como fue después el de Rurckhardt, era un viaje al África central, pero quería prepararse con una exploración de la Palestina y de la Siria, países hacia los cuales la Asociación de Palestina, fundada en Londres en 1805, iba a llamar la atención. Seetzen no esperó esta época, y provisto de muchas recomendaciones, se dirigió en 1802 a Constantinopla. No obstante que se habían sucedido en el viaje a la tierra santa y a la Siria un gran número de peregrinos y de viajeros, todavía no se poseían más que nociones muy vagas sobre estos países. Su geografía física no estaba aún suficientemente establecida; faltaban las observaciones, y ciertas regiones, como el Líbano y el Mar Muerto, no habían sido exploradas nunca. En cuanto a la geografía comparada, no existía verdaderamente todavía.

Fueron necesarios los estudios asiduos de la Asociación inglesa y la ciencia de los viajeros para constituirla.

Seetzen, que había estudiado diversos ramos de la ciencia, estaba admirablemente preparado para explorar aquel país que, aunque tantas veces visitado, era realmente nuevo. Después de haber atravesado toda la Anatolia, llegó a Alepo en el mes de mayo de 1804, y allí residió cerca de un año dedicándose al estudio práctico de la lengua árabe; haciendo extractos de las obras de los historiadores y geógrafos del Oriente; comprobando la posición astronómica de Alepo; haciendo investigaciones de historia natural; reuniendo manuscritos; traduciendo una multitud de esos cantos populares y de esas leyendas que son tan preciosas para el conocimiento íntimo de una nación, de Alepo se dirigió a Damasco en el mes de abril de 1805. Esta primera expedición le condujo al través de los cantones de Hauran y de Yolán situados al Sudeste de aquella ciudad. Hasta entonces ningún viajero había visitado estas dos provincias que desempeñaron durante la dominación romana un papel importante en la historia de los judíos bajo el nombre de Auranitis y Gaulonitis. Seetzen fue el primero que nos dio una idea de su geografía.

El atrevido viajero recorrió después el Líbano y Balbek y llegó hasta el Sur de la Damascena, bajó a la Judea, exploró la parte oriental del Hermon, del Jordán y del Mar Muerto donde vivían los pueblos muy conocidos en la historia judía llamados de los Amonitas, Moabitas, Galaditas, Batáneos, etc. La parte meridional de esta comarca llevaba en tiempo de la conquista

romana el nombre de Perea y allí se encontraba la célebre Decápolis, o liga de diez ciudades. Ningún viajero moderno había visitado hasta entonces estas regiones y éste fue para Seetzen motivo para principiar sus investigaciones por ellas. Sus amigos de Damasco trataron de disuadirle de este viaje pintándole las dificultades y los peligros de un camino frecuentado por los beduinos. Pero nada pudo detenerle. Sin embargo, antes de visitar la Decápolis y de averiguar el estado de sus ruinas; recorrió un pequeño país llamado Ladcha, de muy mala fama en Damasco a causa de los beduinos que le ocupaban; pero que pasaba por contener antigüedades muy notables.

Saliendo de Damasco el 12 de diciembre de 1805 con un guiá armenio que le extravió desde el primer día, y provisto de un pasaporte del bajá, se hizo acompañar de pueblo en pueblo por un soldado de caballería armado.

«La parte de Ladcha que he visto, —dice el viajero en su relación, reproducida en los *Antiguos Anales de Viajes*—, no ofrece, como el Hauran, más que basaltos con frecuencia muy porosos que forman en muchos sitios vastos desiertos de piedra. Las aldeas, en su mayor parte destruidas, están situadas en la vertiente de las rocas; el color negro de los basaltos, las casas, las iglesias y las torres arruinadas, la falta total de árboles y de verdor, dan a este país un aspecto sombrío y melancólico que llena el alma de una especie de terror. Casi todas las aldeas tienen o inscripciones griegas o columnas o algunos otros restos de antigüedad. (He copiado, entre otras, una inscripción del emperador Marco Aurelio). Los quicios de las puertas son aquí, como en el Hauran, de basalto».

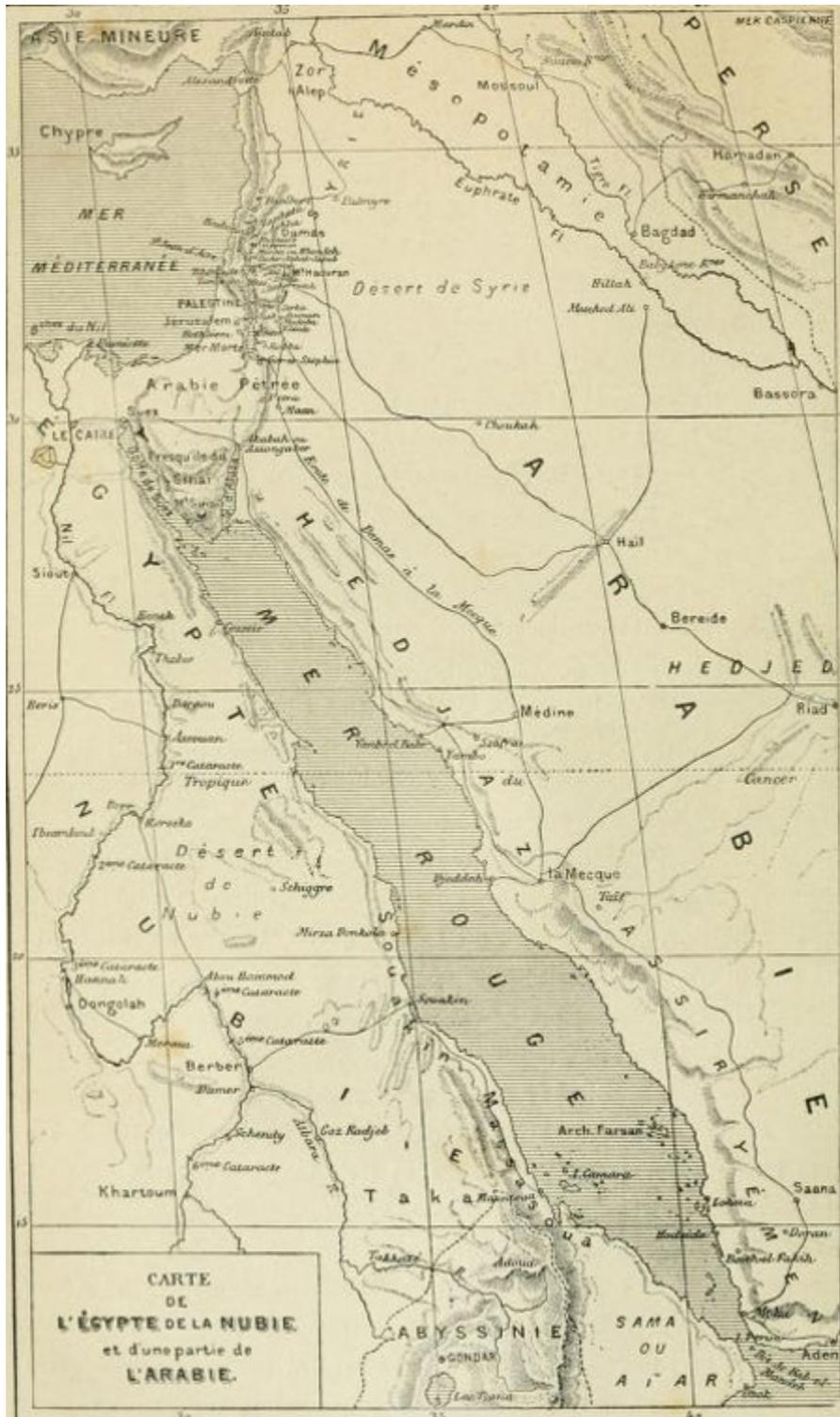
Apenas Seetzen había llegado a la aldea de Gerata y había descansado unos instantes, unos diez hombres a caballo le anunciaron que iban a nombre del vicegobernador del Hauran para prenderle. Su amo Omar Agá, habiendo sabido que había sido visto ya el viajero el año anterior en el país y suponiendo que su pasaporte era falso, les había mandado llevarle a su presencia.

La resistencia era imposible. Sin conmovirse por este incidente, Seetzen, que consideraba esto como un pequeño contratiempo, se adelantó jornada y media por el Hauran y encontró a Omar Agá en el camino que llevan las caravanas de la Meca.

Omar Agá le hizo un buen recibimiento y el viajero volvió a marchar a la mañana siguiente; pero el encuentro que tuvo de varias tropas de árabes, le dio la convicción de que la intención de Omar Agá había sido de que le robasen en el camino.

De regreso a Damasco costóle gran trabajo encontrar un guía que consintiera en acompañarle en su viaje por la orilla oriental del Jordán y en torno del Mar Muerto. Sin embargo un tal Yusum - Al Milky de religión griega, que durante treinta años había hecho el comercio con las tribus árabes y recorrido los cantones que Seetzen quería visitar, convino al fin en acompañarle.

El 19 de enero de 1806 los dos viajeros salieron de Damasco.



Seetzen no llevaba por todo equipaje más que alguna ropa deteriorada, los libros indispensables, papel para secar las plantas y el surtido de drogas necesario a su supuesta profesión de médico.

Llevaba el traje de un jeque de segunda clase.

Los dos distritos de Rascheia y de Hasbeia situados al pie del monte Hermon cuya cima desaparecía entonces bajo una capa de nieve, fueron los dos primeros que exploró Seetzen, porque eran los menos conocidos de la Siria.

Al otro lado del monte el viajero visitó sucesivamente a Achha aldea habitada por Drusos; Rascheia, residencia del Emir; Hasbeia, en donde se detuvo en casa del sabio obispo griego de Szur o Zei a para quien llevaba una carta de recomendación. El objeto que atrajo más particularmente la atención del viajero en aquel país montañoso fue una mina de asfalto, materia que se emplea allí para proteger las vides contra los insectos.

De Hasbeia pasó nuestro viajero a Banias, la antigua Cesárea Philipi, hoy miserable reunión de unas veinte cabañas. Si aún podían todavía verse los vestigios de las murallas que la ceñían, no sucedía lo mismo respecto de los restos del templo magnífico que levantó allí Herodes en honor de Augusto.

El río de Banias pasaba en la opinión de los antiguos por ser la fuente del Jordán; pero es el río Haseny el que formando el brazo más largo del Jordán debe merecer este nombre. Seetzen lo reconoció lo mismo que el lago Merú o Samaconitis de la antigüedad.

En aquel paraje fue abandonado a la vez por sus mozos de mulas que por nada en el mundo quisieron acompañarlo hasta el puente de Chia Beham Yakub, y por su guía Yusuf, a quien tuvo que enviar a que le esperase por el camino de Tiberíades, mientras él, seguido de un solo árabe, se adelantaba a pie hacia el terrible puente.

Pero en Chia Beham Yakub no podía encontrar a nadie que quisiera acompañarle por la orilla oriental del Jordán, cuando un indígena, sabiendo que era médico, le rogó que fuese a visitar a su jeque, atacado de una oftalmía y que vivía en la orilla oriental del lago de Tiberíades.

Seetzen se apresuró a aprovechar aquella ocasión y le estuvo muy bien, porque observó a su placer la mar de Tiberíades y el río Guadishemmak, no sin correr el riesgo de ser robado y asesinado por su guía.

Por fin pudo llegar a Tiberíades, la Tabaria de los árabes, donde Yusúf hacia algunos días que le estaba esperando.

«La población de Tiberíades, —dice Seetzen—, está situada inmediatamente a la orilla del lago de este nombre, y por la parte de tierra está rodeada de un muro de piedra de basalto. A pesar de que esto apenas merece el nombre de aldea, pues en ella no se encuentra ningún vestigio de su antiguo esplendor, se conocen las ruinas de la antigua ciudad que se extienden hasta las termas situadas a una legua al Este. El famoso Yezar bajá, hizo construir una sala de baños sobre la fuente principal. Si estos baños fueran conocidos en Europa, tendrían probablemente la referencia sobre todos los conocidos. El valle donde se encuentra el lago favorece, por la concentración del calor, la vegetación de palmeras de dátiles, de limoneros, de naranjos y de índigo, mientras el terreno más elevado podría dar las producciones de los climas templados».

Al Oeste de la punta meridional del lago están los restos de la antigua ciudad de Tariquea. Allí principia la hermosa llanura de El Gor entre dos cadenas de montañas, llanura poco cultivada que recorren los árabes nómadas.

Seetzen continuó su viaje sin incidentes notables al través de la Decápolis, sólo que tuvo que disfrazarse de mendigo para librarse de la rapacidad de los indígenas.

«Me puse sobre la camisa, dice, un viejo kambas o bala y encima una camisa azul rota de mujer, y me cubrí la cabeza con algunos trapos y los pies con unos zuecos deteriorados. Un viejo abbayc, lleno de jirones echado sobre los hombros, me garantizaba contra el frío y la lluvia y una rama de árbol me servía de báculo. Mi guía, cristiano griego, tomó un traje semejante, y en este estado recorrimos el país durante diez días, deteniéndonos muchas veces por lluvias frías que nos mojaban hasta los huesos. Una vez me vi obligado a caminar todo el día con los pies desnudos por el fango porque me era imposible servirme de los zuecos en aquella tierra grasa y toda empapada en agua».

La ciudad de Draa, que se halla un poco más lejos, no es más que un montón de ruinas desiertas y en ella no se encuentra ningún resto de los monumentos que la hicieron célebre en otro tiempo. El distrito del Bothin que se encuentra enseguida, contiene muchos miles de cavernas abiertas en

la roca que ocupaban los antiguos habitantes y que estaban también habitadas por los modernos cuando pasó Seetzen por allí.

Mikes era en otro tiempo una ciudad rica y grande como lo prueban sus restos abundantes de columnas y de sarcófagos. Seetzen dice que debió ser Gadara una de las ciudades secundarias de la provincia Decapolitana.

A pocas leguas de allí están situadas las ruinas de Abil, la Abila de los antiguos. Pero Seetzen no pudo conseguir que le acompañase su guiá Aoser hasta allí porque tenía miedo de los rumores que se habían hecho correr acerca de los árabes y de la tribu de Beoi Shajal. Tuvo, pues, que ir solo.

«Está totalmente arruinada y abandonada,—dice el viajero—, sin que haya un solo edificio en pie; y las ruinas esparcidas por todas partes, demuestran su pasado esplendor. Se encuentran hermosos restos de las antiguas murallas y una gran cantidad de bóvedas y de columnas de mármol, de basalto y de granito gris. Más allá de su recinto he encontrado un gran número de columnas, de las cuales dos tenían un tamaño extraordinario; de donde deduje que allí había habido un templo de gran consideración».

Saliendo del distrito del Bothin, Seetzen entró en el de Edschun y no tardó en descubrir las ruinas importantes de Cherrasch que pueden compararse con las de Palmira y Balbek.

«No podría explicarse,—dice el viajero—, cómo esta ciudad, antiguamente tan célebre ha podido sustraerse hasta ahora a la atención de los anticuarios.

Está situada en una llanura abierta bastante fértil y atravesada por un río.

Antes de entrar en ella encontré muchos sarcófagos con muy hermosos bajo relieves entre los cuales observé uno a orillas del camino con una inscripción griega. Los muros de la ciudad están completamente arruinados, pero se conoce todavía toda su extensión que debía ser de tres cuartos de legua y hasta de una legua. Estaban contruidos de mármol labrado. El espacio interior es desigual y desciende en declive hasta el río. No se ha conservado ninguna casa particular; en cambio observó varios edificios públicos que se distinguían por su hermosa arquitectura y dos soberbios anfiteatros contruidos sólidamente de mármol con columnas, nichos, etc.,

todo bien conservado; algunos palacios y tres templos de los cuales uno tenía un peristilo de doce grandes columnas de orden corintio y de las cuales once están todavía en pie. En otro de estos templos vi una columna caída del más hermoso granito de Egipto pulimentado y encontré además una hermosa puerta de la ciudad bien conservada formada de tres arcos y adornada de pilastras.

El más bello monumento que encontré fue una calle larga cruzada por otra, guarnecida por los dos lados de una hilera de columnas de mármol de orden corintio y cuyo extremo terminaba en una plaza semicircular rodeada de sesenta columnas de orden jónico... En el punto donde se cruzan las dos calles se ve en cada uno de los cuatro ángulos un gran pedestal de piedra de sillería que sin duda en otro tiempo tenía una estatua... Allí se ven todavía los restos del empedrado hechos de grandes piedras labradas.

En general conté cerca de doscientas columnas que tienen en parte todavía sus arquivadas, pero el número de las que están caídas es infinitamente mayor, porque no vi sino la mitad de la ciudad y quizá en la otra mitad se encontraran al otro lado del río una cantidad de curiosidades notables».

Según Seetzen, Cherrasch es indudablemente la antigua Gerasa, ciudad que hasta entonces tenía en todos los mapas una situación muy defectuosa.

El viajero no tardó en atravesar el Serka, el Yabok de los historiadores hebreos, que formaba el límite septentrional del país de los Amonitas, penetró en el distrito de El Belks país en otro tiempo floreciente, pero entonces absolutamente inculto y desierto, donde no se encuentra una sola aldea fuera de Szalt, la antigua Amatura; y visitó en seguida a Ammán, célebre bajo el nombre de Filadelfia, entre las ciudades decapolitanas, donde se encuentran todavía hermosas antigüedades. Por último después de muchas fatigas y de haber visitado a Cleale, antigua ciudad de los Amonitas, Hadaba que tenía el nombre de Hadba en tiempo de Moisés, el monte Hebo, Diban, el país de Karrak patria de los Moabitas, las ruinas de Robba (Rabat) residencia de los antiguos reyes del país, llegó atravesando una región montuosa a la comarca situada al extremo meridional del Mar Muerto y llamada Goael Sofía.

El calor era muy fuerte y el viajero tuvo que atravesar grandes llanuras de sal, sin encontrar agua.

El 6 de abril llegó a Betleem y poco después a Jerusalén, no sin haber padecido terriblemente a causa de la sed, pero después de haber atravesado países curiosísimo, no recorridos hasta entonces por ningún viajero moderno.



Al mismo tiempo había recogido preciosos informes sobre la naturaleza de las aguas del Mar Muerto, refutado muchas fábulas groseras, rectificado muchos errores de los mapas que se tenían por más exactos, contribuido a la identificación de muchas ciudades antiguas de la Perea, y confirmado la existencia de innumerables ruinas, que demuestran el grado de prosperidad

a que había llegado esta región en tiempo de la dominación romana. El 25 de junio de 1806 salió de Jerusalén y entró por mar en San Juan de Acre.

«Esta travesía fue un verdadero viaje de descubrimientos,» —dice M. Vivien de Saint Martín en un artículo de la *Revista Germánica* de 1858.

Pero Seetzen no quiso dejar incompletos estos descubrimientos. Diez meses después dio por segunda vez la vuelta al lago Asphaltites y en este nuevo viaje aumentó mucho sus primeras observaciones.

En seguida pasó al Cairo, donde se detuvo dos años enteros. Allí compró la mayor parte de los manuscritos orientales que constituyen la riqueza de la biblioteca de Gotha, recogió todos los datos posibles sobre los países del interior, guiándose por un instinto segurísimo y no acogiendo sino los que tenían a su juicio todos los caracteres de una certeza casi absoluta.

Este descanso relativo, aunque tan lejano de la ociosidad, no podía convenir mucho tiempo a un hombre como Seetzen, devorado por la sed insaciable de los descubrimientos. En el mes de abril de 1800, abandonó definitivamente la capital del Egipto, dirigiéndose hacia Suez y la península del Sinaí, con intención de visitarla antes de penetrar en Arabia. Este país muy poco conocido entonces, no había sido visitado sino por negociantes de Saint Maló que acudían a comprar él café de Moku. Hasta la de Niebulir, ninguna despendio científica se había organizado para estudiar la geografía del país y las costumbres de los habitantes.

Debióse la formación de esta despendio científica costada por la munificencia del rey de Dinamarca Federico V, a la iniciativa del profesor Michalis a quien faltaban ciertos datos para aclarar algunos pasajes de la Biblia.

Componíase del matemático Von Haven, del naturalista Forskaal, del médico Cramer, del pintor Braurenfeind y del oficial de ingenieros Niebuhr y esta reunión de hombres graves y científicos correspondió admirablemente a lo que de ella se había esperado.

Desde 1762 a 1764 visitaron el Egipto, el monte Sinaí y Dyedda, desembarcaron en Loheia y penetraron en el interior de la Arabia Feliz, explorando el país cada uno según sus especiales conocimientos.

Las fatigas y las enfermedades acabaron, sin embargo, con los viajes de aquellos hombres intrépidos y pronto se quedó solo Niebuhr para utilizar las observaciones de sus compañeros y las suyas propias.

Su obra es una mina inagotable, que todavía hoy puede consultarse con fruto.

Por lo visto se comprenderá que Seetzen tenía que trabajar mucho para hacer olvidar el viaje de su antecesor; más para este objeto no retrocedió ante ningún medio. El 31 de julio, después de haber hecho profesión pública de mahometismo, se embarcó en Suez para la Meca donde pensaba penetrar en hábito de peregrino. Tor y Dyedda fueron las dos escalas que precedieron a su entrada en la ciudad santa, llamándole singularmente la atención la afluencia de fieles y el carácter extraño y particular de aquella ciudad que vive del culto y por el culto.

«Todo este conjunto,—dice el viajero—, produjo en mí una emoción viva, que no he experimentado en ninguna otra parte.

No insistiremos en esta parte del viaje de Seetzen, ni tampoco en su excursión a Medina porque hemos de tomar la descripción de estos lugares santos, en la narración circunstanciada y verídica que hace Burckhardt. Por lo demás no hemos tenido por espacio de mucho tiempo respecto de las obras de Seetzen, más que los extractos publicados en los Anales de Viajes y en la Correspondencia del barón de Zach; pues hasta el año 1858 no se publicaron en alemán y eso de un modo incompleto los diarios de este viajero.

De Medina volvió a la Meca, donde se dedicó al estudio secreto de la ciudad, de las ceremonias del culto, y a varias observaciones astronómicas, que sirvieron para determinar la posición de esta capital del islamismo.

El 23 de marzo de 1810 estaba de regreso en Dyieda. Después, con el árabe que le había servido de instructor en la Meca se embarcó para Hodeida, uno de los principales puertos del Yemen. Después de haber pasado por Beim El Fakih, que es el cantón montañoso donde se cultiva el café, y después de haber estado detenido por la fiebre cerca de un mes en Dorán, entró el 2 de junio en Sahara, capital del Yemen a la cual califica de la ciudad más hermosa de Oriente. El 22 de julio bajó hasta Aden y en noviembre se hallaba en Moka, donde están fechadas las últimas cartas que

de él se recibieron. De regreso al Yemen, fue despojado como Niebuhr de sus colecciones y de su equipaje bajo el pretexto de que coleccionaba insectos para componer un filtro destinado a envenenar las fuentes.

Pero Seetzen no quiso dejarse despojar sin protesta, e inmediatamente salió para Sahara con objeto de exponer ante el imán sus reclamaciones. Esto pasaba en el mes de diciembre de 1811; y pocos días después de su partida, llegó a oídos de los europeos que frecuentaban los puertos árabes, la noticia de su muerte repentina acaecida en Taes.

¿A quién atribuir la responsabilidad de esta muerte? ¿Al imán o a los que habían robado al explorador?

Poco nos importa saberlo hoy; pero es sensible que un viajero tan bien dispuesto y ya al corriente de los usos y costumbres árabes, no pudiera llevar más lejos sus exploraciones, y que la mayor parte de sus diarios y notas se hayan perdido para siempre.

Seetzen, —dice M. Vivien de Saint Martín—, fue el primer viajero que después de Ludovico Barthelemy (1503) estuvo en la Meca, y ningún europeo antes que él había visto la ciudad santa de Medina consagrada por el sepulcro del profeta».

Por estas palabras se comprenderá todo el valor que hubiera tenido la relación de este viajero desinteresado, bien informado y verídico.

En el momento en que una muerte inesperada ponía término a la misión que se había impuesto Seetzen, se lanzaba Burckhardt siguiendo sus huellas y preludiaba también con excursiones a Siria su larga y minuciosa exploración de Arabia.

«Es una cosa poco común en la historia de la ciencia, —dice M. Vivien de Saint Martín—, que dos hombres tan eminentes se sucedan, o mejor dicho se continúen en la misma carrera. Burckhardt en efecto iba a seguir en muchos puntos la senda que Seetzen había abierto, y secundado durante largo tiempo por circunstancias favorables que le permitieron multiplicar sus excursiones exploradoras, pudo añadir muchos descubrimientos a los ya conocidos de su predecesor».



Aunque Juan Luis Burckhardt no era inglés pues que había nacido en Lausana, debe ser clasificado entre los viajeros de la Gran Bretaña porque sus relaciones con *sir* José Banks, el naturalista compañero de Cook, y con Hamilton, secretario de la Asociación Africana y el auxilio poderoso que le prestaron ambos, fueron los que le permitieron viajar útilmente.

Burckhardt se embarcó en 1809 para el Oriente. Era hombre de vasta instrucción, cuyos, primeros elementos había tomado en las universidades de Leipzig, de Gotinga, donde oyó las explicaciones de Blumenbach y por último de Cambridge donde aprendió el árabe; y a fin de prepararse para las fatigas de la vida de viajero, se sujetó voluntariamente a largos ayunos, se condenó a sufrir por mucho tiempo la sed y eligió por almohada las aceras de Londres y por colchón el polvo de los caminos.

¿Pero qué valían estas pueriles tentativas del entusiasmo, comparadas con las miserias del apostolado científico?

Salió de Londres para la Siria, donde debía perfeccionarse en la lengua árabe. En seguida, tenía el proyecto de pasar al Cairo y llegar al Fezan por el camino abierto en otro tiempo por Hornemann. Llegado que hubiera al Fezan, las circunstancias le indicarían el camino que debía seguir.

Después de haber tomado el nombre de Ibrahim Ibn Abdallah, se fingió indio musulmán; y a fin de hacerlo creer, tuvo que recurrir a más de una superchería. Una necrología que apareció en los Anales de Viajes, cuenta que, cuando le decían que hablase indio, hablaba en alemán. Un dragomán italiano, que sospechaba que fuese cristiano, quiso hacer la prueba, tirándole de la barba; insulto el más grave que puede hacerse a un musulmán. Burckhardt se había identificado tanto con el personaje que representaba, que respondió instantáneamente con un puñetazo magistral, que echó a rodar a diez pasos al pobre dragomán, dando que reír mucho a los circunstantes, y convenciendoles de la sinceridad del fingido indio.

Desde setiembre de 1809 a febrero de 1812, Burckhardt residió en Alepo, no interrumpiendo sus estudios sobre la lengua y las costumbres siriacas sino para hacer una excursión de seis meses a Damasco, a Palmira y al Hauran, países que sólo Seetzen había visitado antes que él.

Se cuenta que, durante una excursión que hizo por el Zor, cantón situado al Nordeste de Alepo a orillas del Eufrates, fue despojado de su equipaje y de sus vestidos por una banda de merodeadores. No le habían dejado más que los calzones, cuando llegó la mujer de un jefe, a quien no había tocado nada del botín, y quiso quitarle aquella prenda de ropa indispensable.

«Estas excursiones, —dice la *Revista Germánica*—, nos han valido una masa considerable de datos sobre países de los cuales hasta entonces no se tenían más que algunas nociones por las comunicaciones incompletas de Seetzen. Aun en los cantones ya frecuentemente visitados, el espíritu observador de Burckhardt sabía recoger gran número de datos interesantes, que la generalidad de los viajeros habían descuidado... Estos preciosos materiales tuvieron por editor el coronel Martín Guillermo Leake, viajero también distinguido, entendido geógrafo y profundo erudito...».

Burckhardt había visto a Palmira y a Balbek, las pendientes del monte Líbano, el valle del Orontes, el lago Huleh y las fuentes del Jordán, y había señalado por primera vez un gran número de sitios antiguos.

Sus indicaciones, especialmente, nos conducen con certidumbre a determinar la situación de la célebre Apamea, aunque el mismo y su antedicho editor, se engañaron en la aplicación de sus datos. En fin, sus excursiones al Hauran son igualmente ricas, aun después de las de Seetzen, en noticias geográficas y arqueológicas, que dan a conocer el país en su estado actual, y arrojan viva luz sobre la geografía comparada de todas las épocas.

En 1812, Burckhardt salió de Damasco, visitó el Mar Muerto, el valle de Acaba y el antiguo puerto de Aziongaber, regiones hoy frecuentadas por bandadas de ingleses, con las guías de Murray, de Kook o de Boedecker en la mano; pero que entonces no se podían recorrer sino con riesgo de la vida. En uno de los valles laterales fue donde el viajero encontró las minas imponentes de Petra, la antigua capital de la Arabia Pétreá. A fines del año estaba de regreso en el Cairo, y no juzgando conveniente unirse a la caravana que salía para el Fezan, se inclinó especialmente a recorrer la Nubia, país mucho más curioso para el historiador, el geógrafo y el arqueólogo. La Nubia, cuna de la civilización egipcia, no había sido visitada desde la época del portugués Álvarez, sino por los franceses Poncet y Lenoir Duroule a fines del siglo XVII y principios del XVIII por Bruce, cuya relación tantas veces se había puesto en duda, y por Norden, que no había pasado de Derr.

En 1813 Burckhardt exploró el Nuba, propiamente dicho, el país de Kennur y el Mohass. Esta excursión no le costó más que 42 francos;

cantidad muy módica, comparada con lo que cuestan hoy las menores tentativas de viaje por África. Es verdad que Burckhardt sabía contentarse por todo alimento con un puñado de durra (mijo), y que toda su comitiva se componía de dos dromedarios.

Al mismo tiempo que él, los ingleses Legh y Smelt recorrían el país, sembrando el oro y los regalos por donde pasaban, y haciendo así mucho más costosa la tarea de sus sucesores.

Burckhardt atravesó las cataratas del Nilo.

«Un poco más lejos, —dice la relación—, y a corta distancia de un sitio llamado Guebel Lamule, los guías tienen por costumbre exigir una propina extraordinaria de la persona a quien conducen. Con este objeto hacen alto, echan pie a tierra y forman un montón de arena y guijarros, parecidos al que los nubios ponen sobre sus sepulcros. A esto lo llaman abrir la tumba del viajero, y esta demostración es seguida de una petición imperiosa de propina».

Burckhardt, que vio a su guía comenzar esta operación, se puso tranquilo a imitarle, y después le dijo:

—Aquí tienes tu sepulcro; somos hermanos, y por lo tanto es justo que seamos enterrados juntos.



El árabe no pudo menos de reírse; uno y otro destruyeron la obra siniestra, y volvieron a montar en los camellos, tan amigos como antes. El árabe citó enseguida el versículo del Koran que dice:

Ningún mortal conoce el rincón de tierra donde se abrirá su tumba.

Burckhardt hubiera querido penetrar en el Dongola; pero tuvo que contentarse con recoger datos, y los obtuvo interesantes sobre el país y sobre los mamelucos que en él se habían refugiado después del exterminio de esta poderosa milicia, ordenado por el bajá de Egipto, y ejecutado por sus amautas.

Las ruinas de templos y de ciudades antiguas, detuvieron a cada instante al viajero. Las más curiosas de todas eran las de Ibsambul.

«El templo, —dice la relación—, situado a la orilla misma del río (el Nilo) está precedido de seis figuras colosales en pie, que tienen desde el suelo hasta las rodillas seis pies y medio de distancia y representan a Isis y Osiris en diversas actitudes. Todas las paredes y los chapiteles de las columnas están cubiertos de pinturas y de relieves en los cuales Burckhardt creyó ver el estilo de una alta antigüedad. Todo esto está labrado en la roca viva. Las caras parecen haber estado pintadas de amarillo y los cabellos de negro. A doscientas varas de este templo se ven restos de un monumento todavía más colosal que son cuatro figuras inmensas casi sepultadas entre la arena, de modo que no se puede determinar si están de pie o sentadas».

¿Pero a qué detenernos en la descripción de monumentos hoy conocidos, medidos, dibujados y hasta fotografiados?

La relación de los viajeros de esta época no tiene más interés que el de indicarnos el estado de las ruinas en aquel tiempo y demostrarnos los cambios que las depredaciones de los árabes han producido.

El espacio recorrido por Burckhardt en esta primera excursión comprende solamente las orillas del Nilo, zona muy estrecha, serie de vallecitos que terminan en el río. Calcula la población de este país en 100 000 individuos, diseminados en una zona de tierra cultivable de 405 millas de largo y un cuarto de milla de ancho.

Los hombres, dice, son generalmente bien formados, fuertes y musculosos, de estatura algo menor que los egipcios, sin ningún bigote, y solamente con un hilo de barba. Están dotados de una fisonomía agradable y sobrepujan a los egipcios tanto en valor como en inteligencia. Son curiosos y preguntones, pero no tienen la costumbre del robo.

«A veces pasan a Egipto para reunir a fuerza de trabajo un pequeño caudal, pero no tienen el instinto del comercio. Las mujeres poseen las

mismas ventajas físicas, las hay bonitas y todas son bien formadas, pintándose la amabilidad en su fisonomía, a la cual unen un gran sentimiento de pudor. *Monsieur* Denon ha despreciado demasiado a los nubios; pero la verdad es que su físico varía de cantón a cantón: allí donde el terreno cultivable es muy extenso, son bien formados; pero en los parajes en que el terreno fértil es una banda estrecha, los habitantes menos fuertes y algunas veces hasta esqueletos ambulantes».

El país gemía entonces bajo el yugo despótico de los descendientes del jefe de los bosniacos que pagaban un tributo muy pequeño anual al Egipto. Este tributo, sin embargo, era un pretexto que tomaban para oprimir a los desdichados fellahs. Burckhardt presenta un ejemplo muy curioso de la manera insolente con que estos kachefs proceden a verificar sus razias.

»Hasam Kachefs, dice, necesitaba cebada para sus caballos y paseándose por el campo seguido de un gran número de esclavos, se encontró con una hermosa parva de cebada propia de un labrador.

»Cultivas mal esa tierra, exclamó, porque siembras cebada cuando podrías coger una excelente cosecha de sandías que te valdría el doble.

»Vamos, aquí tienes simiente de sandía (y dio un puñado al paisano), siémbrela; y vosotros, esclavos, quitad de aquí esa asquerosa cebada y llevádmela a mi casa».

En el mes de marzo de 1814, después de haber tomado un corto descanso, Burckhardt emprendió una nueva exploración, no ya esta vez por las orillas del Nilo, sino por el desierto de la Nubia. Juzgando que la garantía más eficaz es la pobreza, el prudente viajero despidió a su criado, vendió su camello y contentándose nada más que con un asno, se unió a una caravana de pobres mercaderes.

La caravana partió de Darau, aldea habitada la mitad por fellahs y la otra mitad por ababdes. El viajero tuvo mucho que quejarse de los primeros, no porque le creyesen europeo, sino al contrario, porque le tomaban por un turco sirio que había ido al país con intención de apoderarse de una parte del comercio de esclavos, cuyo monopolio tenían ellos.

Es inútil recordar aquí los nombres de los pozos, colinas o valles de este desierto: preferimos dar un resumen, según el viajero, del aspecto físico del país.

Bruce que le había recorrido, le pinta con colores demasiado oscuros y exagera las dificultades del camino para darse el mérito de haberlas vencido. Si hemos de creer a Burckhardt, el camino es menos árido que el de Alepo a Bagdad, o el de Damasco a Medina.

El desierto de Nubia no es una llanura sin límites cuya monotonía no se interrumpe por nada, sino que está sembrado de rocas, algunas de las cuales tienen de doscientos a trescientos pies de altura, y cubierto de sitio en sitio por bosquecillos de acacias. La vegetación enfermiza de estos árboles es sin embargo un abrigo engañoso contra los rayos verticales del sol. Por eso el proverbio árabe dice:

»El contar con la protección de un grande es lo mismo que contar con la sombra de la acacia».

En Ankheyre o Guadiberber encontró la caravana la corriente del Nilo después de haber pasado por Shigre, donde se ve una de las mejores fuentes en medio de las montañas. En resumen el único peligro que presenta la travesía de este desierto es el de encontrar seco el pozo, de Nedyeim, y a no ser extraviándose, lo que es difícil con buenos guías, no hay obstáculos graves que superar.

Así, pues, la descripción de los padecimientos de Bruce en aquel paraje debe aceptarse con mucha reserva, aunque la relación del viajero escocés respeta con frecuencia la verdad.

Los habitantes del país de Berber parecen ser los barbarinos de Bruce, los barabras de Anville y los barauras de Poncet. Sus formas son hermosas y los rasgos de su fisonomía diferentes enteramente de la de los negros. Mantienen esta pureza de sangre no tomando por mujeres legítimas más que jóvenes de su tribu o de algún otro pueblo árabe.

La pintura que Burckhardt hace del carácter y de las costumbres de esta tribu, aunque es muy curiosa, no tiene nada de edificante. Sería difícil dar una idea de la corrupción y envilecimiento de los habitantes de Berber. Esta pequeña ciudad, depósito del comercio de esclavos y punto de reunión de las caravanas, tiene al mismo tiempo todo lo que necesita para ser una verdadera cueva de bandidos.

Los comerciantes de Darau con cuya protección había contado Burckhardt hasta entonces sin razón ninguna porque buscaban todos los

medios de explotarle, le arrojaron de su compañía al salir de Berber, y el viajero tuvo que buscar la protección de los guías y de los conductores de asnos que le acogieron de buena gana.

El 10 de abril la caravana tuvo que pagar contribución al Mek de Damer, población situada un poco al sur del confluente del Mogren (el Mareb de Bruce). Es una aldea de faquires limpia y bien acondicionada que contrasta agradablemente con la suciedad y las ruinas de Berber. Estos faquires se entregan a todas las prácticas de la hechicería, de la magia y del charlatanismo más descarados. Cuéntase que uno de ellos había hecho balar un cordero en el estómago de un hombre que le había robado y se le había comido. La población ignorante cree a pie juntillas estos prodigios, y tenemos que confesar, aunque con sentimiento, que contribuyen singularmente al buen orden, a la tranquilidad de la población y a la prosperidad del país.

De Damer pasó Burckhardt a Shendy, donde estuvo un mes entero sin que nadie sospechase que era infiel. Shendy, poco importante cuando el viaje de Bruce, poseía entonces un millar de casas y hacía un comercio grande en el cual el durra, los esclavos y los camellos, reemplazaban a la moneda. Los artículos más abundantes eran la goma, el marfil, el oro en barras y las plumas de avestruz. El número de esclavos vendidos anualmente en Shendy asciende, según Burckhardt, a cinco mil, de los cuales dos mil quinientos son enviados a la Arabia, cuatrocientos a Egipto y mil a Dongola y al litoral del Mar Rojo.

El viajero se aprovechó de su residencia en la frontera del Sennaar, para reunir algunos informes sobre este reino. Contáronle, entre otras particularidades curiosas, que habiendo el rey convidado un día al embajador de Mehem El-Alí para una revista de su caballería que tenía por formidable, el embajador le invitó a su vez para asistir al ejercicio de la artillería turca, y a la primera descarga de las dos piezas de campaña montadas en camellos, la caballería, la infantería, los curiosos, la corte y el rey mismo, echaron a correr espantados.

Burckhardt vendió su pacotilla, y después, cansado de las persecuciones de los mercaderes egipcios sus compañeros, se unió a la caravana de

Suakim con el objeto de recorrer el país, absolutamente desconocido, que separa esta última ciudad de Shendy.

En Suakim pensaba embarcarse para la Meca con la esperanza de que el título de Hadyi le sería de la mayor utilidad para la realización de sus proyectos ulteriores.

«Los hadyis, —dice Burckhardt—, forman una corporación, y nadie se atreve a atacar a ninguno de sus miembros por temor de incurrir en la indignación de todos».

La caravana a que se unió Burckhardt, se componía de ciento cincuenta mercaderes y trescientos esclavos. Doscientos camellos llevaban los fardos de tabaco y de damur, tela que se elabora en el Sennaar.

El primer objeto interesante que le llamó la atención, fue el Atbara, río cuyas orillas orladas de grandes árboles daban descanso a la vista, fatigada de los desiertos áridos que el viajero había atravesado hasta entonces.

La caravana siguió el curso del río hasta la fértil comarca de Taka. La piel blanca del jeque Ibrahim (el lector recordará que éste era el nombre que había tomado Burckhardt) excitó en más de una aldea los gritos de horror de las mujeres, poco acostumbradas a ver árabes.

«Un día, —cuenta el viajero—, una muchacha del campo a la cual había comprado algunas cebollas, me dijo que me daría más si quería quitarme el turbante y enseñarle la cabeza. Pedí ocho cebollas por aquel favor y me las dio inmediatamente. Cuando me quité el turbante y vio una cabeza blanca y enteramente afeitada, retrocedió con espanto, y preguntándole yo por chanza si querría un marido que tuviera una cabeza semejante, manifestó el mayor disgusto y juró que preferiría al más feo de los esclavos traídos del Dárfur».

Un poco antes de llegar a Goa Radyeb, Burckhardt vio un monumento que le dijeron era una iglesia o un templo, porque la palabra de que se sirvieron tiene las dos acepciones. Precipitábase ya para verle, cuando sus compañeros le detuvieron gritándole:

«Todas esas tierras están llenas de salteadores y no podrías andar cien pasos sin ser atacado».

¿Era aquél un templo egipcio, o era un monumento del imperio de Axum? El viajero no pudo decidirlo.

La caravana llegó al fin al país de Taka o El-Gash, gran llanura inundada de junio a julio por la crecida de los riachuelos, y cuyo suelo es de una fecundidad maravillosa. Por eso el durra que crece en aquellos terrenos es muy buscado y se vende en Dyedda en un 20 por 100 más que el mejor mijo de Egipto.

Los habitantes, llamados Hadendoas, son traidores, ladrones, sanguinarios, y sus mujeres casi tan corrompidas como las de Shendy y de Berber.

Cuando se sale de Taka para Suakim y las orillas del Mar Rojo, hay que atravesar una cadena de montañas calcáreas donde no se encuentra el granito hasta llegar a Shínterab. Esta cadena no presenta ninguna dificultad, y el viajero llegó a Suakim el 26 de mayo. Pero no habían concluido allí sus fatigas. El emir y el agá de Suakim se habían entendido para despojarlo, y fue tratado como el último de los esclavos, hasta que la vista de los tirmanes que llevaba de Melíem El-Alí y de Ibrahim Bajá cambió completamente la escena. Entonces, lejos de encerrarle en una cárcel como iban a hacerlo, le llevaron a casa del agá que quiso ser su huésped y regalarle una joven esclava.

«Este viaje de veinte a veinticinco días, —dice M. Vivien de Saint Martin—, entre el Nilo y el Mar Rojo, era el primero efectuado por un europeo, y valió para Europa los primeros informes precisos que se tenían sobre las tribus, en parte nómadas y en parte sedentarias, de estos cantones. El interés se sostiene en todas las observaciones que sobre ellos hizo Burckhardt, y hay pocas lecturas más instructivas y al mismo tiempo de más atractivo que ésta».

Burckhardt pudo embarcarse el 7 de julio en un barco del país y llegar once días después a Dyedda, que es como el puerto de la Meca.

Dyedda está construida a orillas del mar y rodeada de muros impotentes contra la artillería, pero que sirven perfectamente para defenderla contra los wahabitas.

Éstos, a quienes se ha llamado «puritanos del islamismo» forman una secta diferente que tiene la pretensión de restablecer la sencillez primitiva del mahometismo.

«Una batería, —dice Burckhardt—, guarda la entrada por la parte del mar y domina todo el puerto. En ella se ve una enorme pieza de artillería que calza balas de 500 libras y que es tan célebre en todo el golfo arábigo que su sola reputación es una garantía para Dyedda».

Uno de los inconvenientes de ésta ciudad es la falta de agua dulce que es preciso ir a buscar a los pozos situados a más de dos millas de distancia. Sin jardines, sin vegetales, sin palmeras de dátiles a pesar de su población de 12 a 15 000 almas, que se duplica en la estación de las peregrinaciones, presenta un aspecto absolutamente original. Su población es muy heterogénea; se compone de indígenas del Hadramazt, del Yemen, de indios de Surate, de Bombay y de malayos, que habiendo ido en peregrinación, se han quedado allí.

Entre los pormenores minuciosos que da Burckhardt sobre las costumbres, manera de vivir, precio de los géneros y número de mercaderes, se encuentra más de una anécdota interesante.

Hablando de los usos singulares de los habitantes de Dyedda, dice el viajero:

Casi todos tienen la costumbre de tomar por la mañana una taza llena de gui, o sea de manteca de vaca derretida. En seguida toman el café que miran como un tónico poderoso, y están de tal modo habituados a él desde su infancia, que tendrían gran molestia si hubieran de interrumpir su uso. Los de las clases elevadas se contentan con tomar la taza de manteca; pero los de las clases inferiores añaden una media taza más para aspirarla por las narices, suponiendo que de este modo impiden que por las aberturas de la nariz entre el mal aire en su cuerpo.



El 21 de agosto el viajero salió de Dyedda para Taif. El camino atraviesa una cordillera con valles de paisajes poéticos de lozana vegetación que extraña mucho encontrar. Allí tomaron a Burckhardt por un espía inglés y fue estrechamente vigilado; de suerte que a pesar de la buena acogida que

le hizo el bajá, no tuvo libertad ninguna de movimientos y no pudo dar satisfacción a sus gustos de observador.

Taif es, según parece, famosa por la hermosura, de sus jardines; sus rosas y sus uvas se trasportan a todos los cantones del Hedyaz y hacia un comercio considerable y había llegado a un alto grado de prosperidad antes de ser saqueada por los wahabitas.

La vigilancia de que era objeto Burckhardt apresuró su partida, y el 7 de setiembre tomó el camino de la Meca. Muy versado en el estudio del Koran, conociendo perfectamente las prácticas del islamismo, estaba en disposición de desempeñar perfectamente su papel de peregrino. La primera precaución que tomó fue como prescribe la ley a todo fiel que entra en la Meca, vestirse el ira, fajas de algodón sin costura, una de las cuales envuelve la cintura y otra se rodea al cuello y cae sobre los hombros. El primer deber del peregrino es ir al templo antes de pensar en buscar posada.

Burckhardt no dejó de cumplir esta prescripción, ni tampoco de observar los ritos y ceremonias prescritas para tales casos, todo de un interés especial, pero por lo mismo demasiado estrecho para que nos detengamos en estos pormenores.

La Meca, —dice Burckhardt—, puede llamarse una ciudad bonita. Sus calles son en general más anchas que las de las demás ciudades de Oriente; sus casas son altas y construidas de piedra, con muchas ventanas que se abren a la calle y le dan un aspecto más alegre y más europeo que el de las ciudades de Egipto y de Siria, cuyas habitaciones no presentan al exterior sino alguna que otra ventana... Cada casa tiene su azotea, cuyo suelo revestido de cal está ligeramente inclinado; de suerte que puede correr el agua por canalones hasta la calle. Estas azoteas están defendidas por pequeños parapetos porque en todo el Oriente es inconveniente para un hombre presentarse en ellas y se le acusaría de espiar a las mujeres que pasan una gran parte de su tiempo en las azoteas de sus casas secando el trigo, o tendiendo la ropa, o en otras ocupaciones domésticas.

La única plaza pública de la ciudad es la gran plaza de la Mezquita Mayor. Hay pocos árboles en la Meca; ningún jardín recrea la vista, y la escena no se anima sino en la estación de las peregrinaciones, en la cual se abren multitud de tiendas bien provistas que se encuentran por todas partes.

«Excepto cuatro o cinco casas espaciosas que pertenecen al Cherif, dos medreses o colegios hoy convertidos en paneras y la mezquita con algunos edificios y escuelas anejos a ella, la Meca no puede jactarse de tener ningún edificio público, y en este punto es inferior a las demás ciudades del Oriente de la misma extensión».

Las calles no están empedradas; y como no se conocen obras de alcantarillado, se forman en ellas charcos de agua y un lodo de que nada puede dar una idea.

En cuanto al agua, no se puede contar más que con la del cielo que se recoge en cisternas, porque la que dan los pozos es tan salobre que no hay medios de utilizarla.

«En el sitio donde el valle se ensancha más, en el interior de la ciudad, se levanta la mezquita llamada Beitullah o El-Haram, edificio notable tan sólo a causa de la Kaaba que contiene, porque en otras ciudades del Oriente hay mezquitas casi tan grandes y mucho más hermosas».

Ésta se encuentra situada en una plaza oblonga, y rodeada al Este de una columnata de cuatro filas, y por los demás lados de tres. Estas columnas están unidas entre sí por arcos ojivales, y de cuatro en cuatro sostienen una pequeña cúpula revestida de argamasa y blanqueada al exterior. Algunas columnas son de mármol blanco, de granito o de pórfido; pero la mayor parte son de piedra ordinaria de las montañas de la Meca.

En cuanto a la Kaaba, ha sido tantas veces arruinada y recompuesta que no se le ven señales de una antigüedad remota. Existía, si embargo, antes que la mezquita que la contiene.

«La Kaaba está situada,—dice el viajero—, sobre una base de dos pies de altura y presenta un plano muy inclinado. Como su techo es chato, ofrece a cierta distancia la figura de un cubo perfecto. La única puerta por donde se penetra en ella y que no se abre más que dos o tres veces al año, esta del lado del Norte y a unos siete pies sobre el nivel del suelo.

Por esto hay que entrar valiéndose de una escalera de mano. En el ángulo Nordeste de la Kaaba, cerca de la puerta, está encajada la famosa piedra negra que forma una parte de la esquina del edificio a cuatro o cinco pies sobre el suelo del patio... Es muy difícil determinar con exactitud la naturaleza de esta piedra, cuya superficie está gastada y reducida a su

estado actual por los besos y tactos de muchos millones de peregrinos. La Kaaba está enteramente cubierta por la parte exterior de una cortina de seda negra que la envuelve dejando solamente el techo al descubierto. Este velo o cortina que se llama kesua, se renueva todos los años en la época de la peregrinación y se lleva del Cairo, donde se fabrica a expensas del Gran Señor.

Hasta entonces, no hablamos tenido una descripción tan minuciosa de la Meca y de su santuario, y esto nos ha movido a dar algunos extractos de la relación original, extractos que podríamos multiplicar porque la relación contiene datos circunstanciados sobre el pozo sagrado llamado el Cemzem, cuya agua se tiene por remedio infalible para todas las enfermedades, sobre la Puerta de la Salud, sobre el Uakam El Ibrahim, monumento que contiene la piedra donde se sentaba Abraham cuando construía la Kaaba y que conserva la señal de sus rodillas, así como sobre todos los edificios que contienen el recinto del templo.

Desde la descripción minuciosa y completa de Burckhardt, estos lugares han conservado la misma fisonomía. La misma afluencia de peregrinos entona allí los mismos cánticos. Sólo los hombres han cambiado.

En la relación de Burckhardt, la descripción de las fiestas de la peregrinación y del santo entusiasmo de los fieles, es seguida de una pintura que nos muestra las consecuencias de las grandes reuniones de hombres procedentes de todos los países del mundo bajo el aspecto más sombrío.

El fin de la peregrinación, dice, da un aspecto muy diferente a la mezquita. Las enfermedades y la mortalidad que suceden a las fatigas sufridas durante el viaje provienen del poco abrigo que proporciona el iram, de las habitaciones insalubres de la Meca, de los malos alimentos y algunas veces de la falta absoluta de víveres. Todas estas causas llenan el templo de cadáveres que son llevados allí para que reciban las oraciones del imán, o bien de enfermos que se hacen trasladar al templo; y muchos cuando conocen que se aproxima su última hora, mandan que se les traslade a la columnata a fin de curarse con la vista de la Kaaba o de tener por lo menos el consuelo de expirar en el sagrado recinto. Vense pobres peregrinos abrumados por las enfermedades y el hambre arrastrar sus cuerpos escualidos a lo largo de la columnata, y cuando ya no tienen fuerza para

tender la mano pidiendo una limosna a los transeúntes, ponen junto a la estera donde están tendidos un plato para recibir lo que la compasión les conceda. Cuando sienten acercarse su último momento, se cubren con sus harapos y a veces se pasa un día entero sin que se advierta que han dejado de existir».

Terminaremos los extractos de la relación de Burckhardt relativos a la Meca con el juicio que formó acerca de sus habitantes.

«Si los mecauis tienen grandes cualidades, son afables, hospitalarios, alegres, jactanciosos, en cambio infringen públicamente las prescripciones del Corán bebiendo; fumando o jugando. Entre ellos el engaño y el perjurio han dejado de ser delitos; no ignoran el escándalo que estos vicios ocasionan y todos claman contra la corrupción de las costumbres, pero ninguno da ejemplo de la reforma».

El 15 de enero de 1815 Burckhardt salió de la Meca con una pequeña caravana de peregrinos que iban a visitar la tumba del Profeta. El viaje hasta Medina, lo mismo que entre la Meca y Dyedda, se verifica de noche, lo que le hace menos provechoso para el observador, y en invierno menos cómodo que si se hiciera de día. Hay que atravesar un valle cubierto de arbustos y de palmeras de dátiles, cuyo extremo oriental está bien cultivado y lleva el nombre de Guadai El Fatme; pueblo que es más conocido con el simple nombre de El-Guadi. Un poco más lejos está el valle de El-Safra, famoso por sus grandes plantaciones de palmeras y mercado de todas las tribus inmediatas.

«Los bosquecillos de palmeras,—dice el viajero—, tienen una extensión de cerca de cuatro millas y pertenecen a los habitantes del El-Safra y a los beduinos de las inmediaciones que proporcionan jornaleros para regar la tierra y vienen después, por sí mismos, a recoger la cosecha de dátiles. Las palmeras cambian de propiedad en el curso del comercio; se les vende aisladamente. El precio que se paga al padre por una hija tomada en matrimonio, consiste frecuentemente en tres palmeras. Están todas

plantadas en una arena profunda que se recoge en el valle y que se amontona alrededor de sus raíces. Hay que renovarla todos los años, y ordinariamente las corrientes de agua impetuosa se las llevan. Cada huertecillo de palmeras está rodeado de una pared de tierra o de piedra, y los cultivadores habitan cabañas o casas aisladas, esparcidas entre los árboles. El principal riachuelo sale de un bosquecillo cerca del mercado y junto a él se ha construido una mezquita sombreada por grandes castaños, árbol que yo no he visto más que en el Hedyaz...».

Burckhardt, necesitó trece días para llegar a Medina; pero este largo viaje no fue perdido para él porque recogió muchos datos sobre los árabes y sobre los wahabitas. Como en la Meca, el primer deber del peregrino al llegar a Medina, es visitar la tumba y la mezquita de Mahoma. Sin embargo, las ceremonias son mucho más fáciles y más cortas en Medina y Burckhardt no necesitó más que un cuarto de hora para ponerse en regla.

Ya la estancia en la Meca le había sido muy perjudicial. En Medina fue atacado de fiebres intermitentes que en breve se hicieron cotidianas, convirtiéndose después en tercianas acompañadas de vómitos, hasta el punto de no poderse levantar de su alfombra sin el auxilio de su esclavo, «pobre diablo que por su naturaleza y sus costumbres sabía más de cuidar camellos que de cuidar a un amo debilitado y abatido».

Detenido por espacio de más de tres meses en Medina por las fiebres, efecto del clima, de la calidad detestable del agua y del gran número de enfermedades a la sazón reinantes, tuvo que renunciar al proyecto que había formado de atravesar el desierto hasta Akaba y de llegar más pronto a Yambo donde hubiera podido embarcarse para el Egipto.

«Medina, dice, es después de Alepo la ciudad mejor construida que he visto en Oriente. Las casas generalmente son de piedra y tienen dos pisos y azoteas. Como no están blanqueadas y la piedra es de color pardo, las calles tienen un aspecto sombrío, siendo en su mayor parte tan estrechas, que por lo general no tienen más que dos o tres pasos de anchura.

Actualmente, Medina presenta el aspecto de la desolación: las casas se deterioran y no se componen; sus propietarios, que antes sacaban grandes productos a causa de la afluencia de peregrinos, ven disminuidas sus rentas porque los wahabitas han prohibido visitar el sepulcro de Mahoma a quien

consideran como un simple mortal. La joya más preciosa de Medina, que pone esta ciudad al nivel de la Meca es la Mezquita Mayor que contiene el sepulcro de Mahoma. Esta mezquita es más pequeña que la de la Meca. Por lo demás, está edificada con arreglo al mismo plano, y consiste en un gran patio cuadrado rodeado por todas partes de galerías cubiertas y teniendo en el centro un pequeño edificio.

Cerca del ángulo Sudeste de este edificio, se encuentra el famoso sepulcro rodeado de una verja de hierro pintada de verde y bien trabajada, imitando la filigrana y entrelazada de inscripciones en cobre. Se entra en este recinto por cuatro puertas, o mejor dicho, tiene cuatro puertas pero no se entra más que por una, porque las otras tres están completamente cerradas.

El permiso para entrar se concede gratis a las personas de su posición; los demás tienen que comprarla a los principales eunucos y les cuesta quince piastras. En el interior hay una cortina que rodea el sepulcro a pocos pasos de distancia.

Según el historiador de Medina, esta cortina cubre un edificio cuadrado de piedra negra sostenido por dos columnas, y en cuyo interior están los sepulcros de Mahoma y de sus dos discípulos más antiguos, Abd Bekr y Ornar. Dice también este historiador, que los sepulcros son hoyos profundos, y que el ataúd que contiene las cenizas de Mahoma, está revestido de plata y coronado de una losa de mármol con esta inscripción:

En nombre de Dios, concédele tu misericordia».

Los cuentos antiguamente esparcidos por Europa acerca de la tumba del Profeta, de la cual se decía que estaba suspendida en el aire, son desconocidos en el Hedyaz.

El tesoro de la mezquita fue en gran parte saqueado por los wahabitas; pero es de creer que éstos fuesen precedidos varias veces por los sucesivos guardas que ha tenido el sepulcro.

En la relación de Burckhardt se hallan otros muchos pormenores interesante sobre Medina y sus pobladores, sobre los sitios inmediatos y sobre los puntos más ordinarios de peregrinación. Hemos tomado una parte bastante interesante de la relación de Burckhardt para que el lector que

desea penetrarse más íntimamente de los usos y costumbres que no han variado, se decida a recurrir el texto mismo.



El 21 de abril de 1815 Burckhardt se agregó a una caravana que le condujo al puerto de Yambo, donde reinaba la peste. No tardó en caer

enfermo, y se puso tan débil que le fue imposible refugiarse en el campo y no había que pensar en embarcarse, porque todos los buques que iban a darse a la vela estaban llenos de soldados enfermos. Se vio, pues, obligado a permanecer en aquella ciudad insalubre antes de tomar pasaje en un pequeño buque que le llevó a Coseir y de allí a Egipto.

A su vuelta al Cairo supo la muerte de su padre.

La constitución de Burckhardt estaba profundamente alterada por la enfermedad y no pudo nacer la ascensión al monte Sinaí hasta el año siguiente de 1816.

Los estudios de historia natural, la redacción de sus diarios de viaje y el cuidado de su correspondencia le ocuparon hasta fines de 1817, época en la cual pensaba unirse a la caravana del Fezan. Pero atacado de improviso de una fiebre violenta, murió al cabo de pocos días diciendo:

«Escribid a mi madre que mi último pensamiento ha sido para ella».

Burckhardt era un viajero completo, instruido, exactísimo, animoso, paciente, dotado de un carácter recto y enérgico. Ha dejado escritos preciosísimos; y la relación de su viaje por Arabia, cuyo interior desgraciadamente no pudo visitar, es tan completa y tan precisa, que gracias a él es más conocido ese país que algunas comarcas de Europa.

«Ademas, —decía en una carta dirigida desde el Cairo el 13 de marzo de 1817 a su madre—, jamás he dicho una palabra sobre lo que he visto y he encontrado que no esté plenamente justificada, porque no me he expuesto a tantos peligros para escribir novelas».

Los exploradores que han recorrido después los países visitados por Burckhardt están unánimes en certificar la exactitud de sus palabras y en alabar su fidelidad, sus conocimientos y su sagacidad.

«Pocos viajeros, —dice la *Revista Germánica*—, han tenido tanta finura y rapidez de observación. Éste es un don de la naturaleza raro como todas las cualidades eminentes. Hay en él una especie de intuición que le hace discernir lo verdadero aun sin necesidad de la observación personal. Así sus informes orales tienen en general un valor que raras veces presentan las

noticias de esta naturaleza. Su espíritu sólido, madurado desde edad temprana por la reflexión y el estudio, (Burckhardt cuando murió no tenía más que treinta y tres años) va derecho al objeto y se detiene en el punto justo. Su narración siempre sobria contiene, por decirlo así más cosas que palabras, y sin embargo, posee un atractivo infinito, haciendo amar al hombre tanto como al sabio y como al observador».

Mientras las tierras bíblicas eran objeto de las investigaciones de Seetzen y de Burckhardt, la India, patria original de la mayor parte de las lenguas europeas, iba a ser el centro de multiplicados estudios de literatura y de religión lo mismo que de geografía. Por el momento no trataremos sino de las investigaciones referentes a los muchos problemas de geografía física cuya completa solución debía obtenerse merced a las conquistas y a los estudios de la Compañía de las Indias.

Hemos referido en un tomo anterior cómo se había establecido en la India la dominación portuguesa. La unión de Portugal con España en 1599 trajo consigo la pérdida de las colonias portuguesas que cayeron en manos de la Holanda y de la Inglaterra.

Esta última no tardó en conceder el monopolio del comercio de las Indias a una compañía que debía desempeñar un papel histórico importante.

Por aquel tiempo el gran emperador mogol Akbar, séptimo descendiente de Timur Leng, había establecido un vasto imperio en el Indostán y en Bengala sobre las ruinas de los Estados Radyaputas. Este imperio, gracias a las cualidades personales de Akbar, que le valieron el nombre de bienhechor de los hombres, se hallaba en todo su esplendor. Shair Yahan, su hijo, continuó la tradición paterna; pero Aurent Al Zeb, su nieto, dotado de una ambición insaciable, asesinó a sus hermanos, encarceló a su padre y usurpó el poder.

Mientras el imperio mogol gozaba de una paz profunda, un aventurero de genio llamado Sewadyi echaba los fundamentos del imperio Maharata.

La intolerancia religiosa de Aurent Al Zeb y su política astuta, produjeron la sublevación de los radyaputas, y la lucha que devoró los mejores recursos del imperio, conmovió su poder; de manera que la decadencia comenzó inmediatamente después de la muerte de este usurpador.

Hasta entonces la Compañía de las Indias no había podido aumentar la pequeña zona de territorio que poseía en torno de sus puertos, pero en adelante debía aprovecharse con habilidad de las contiendas de los nababs y de los radyas del Indostán. Sin embargo, la influencia y el dominio de la Compañía inglesa no se extendieron de una manera ostensible hasta después, de la toma de Madrás por La Bourdonnais en 1746 y durante la lucha contra Dupleix.

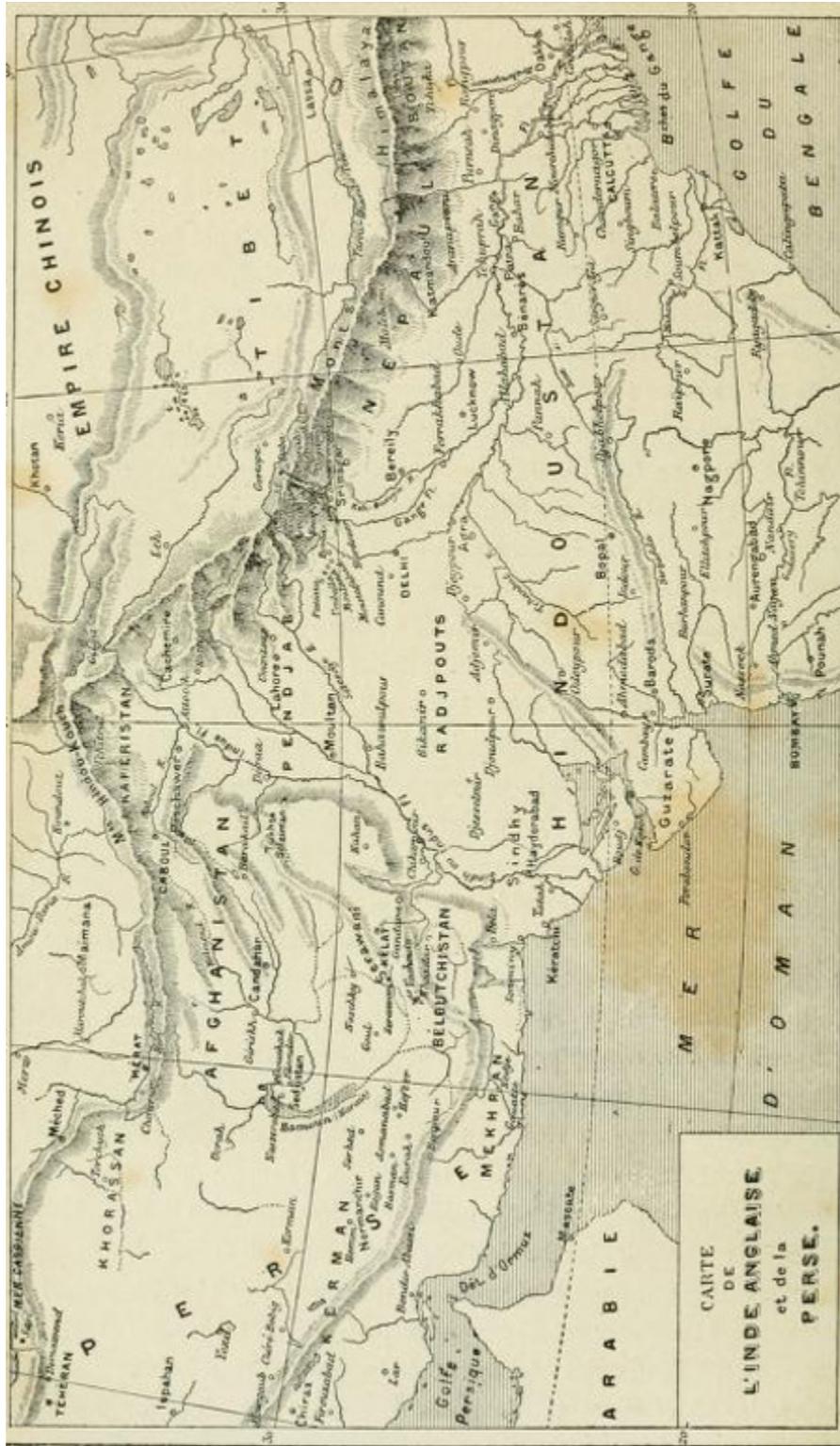
A consecuencia de la política astuta, desleal y cínica de los gobernadores ingleses Clive y Hastings, que empleando alternativamente la fuerza, la perfidia o la corrupción, fundaron sobre las ruinas de su propio honor la grandeza de su patria, la Compañía poseía a fines del siglo último un inmenso territorio poblado de 60 millones de individuos. Componían este territorio el Bengala, el Behar y las provincias de Benarés, de Madrás y de los Circars del Norte. Sólo el sultán de Misru, Tippa El Saib, luchó con energía contra los ingleses, pero no pudo resistir a la coalición que el coronel Wellesley supo reunir contra él.

La Compañía, no teniendo ya ningún enemigo terrible, acalló las tentativas de resistencia por medio de pensiones; y bajo pretexto de protección impuso a los últimos radyas independientes una guarnición inglesa que debían mantener a su costa.

No se crea, sin embargo, que los ingleses no supieron más que hacerse aborrecibles: nada de eso. La Compañía, respetando los derechos de los individuos, no introdujo ningún cambio ni en la religión, ni en las leyes, ni en las costumbres.

Así no hay que admirar que los viajeros, aun cuando se aventurasen por regiones que en propiedad no pertenecían a la Gran Bretaña, corrieran muy pocos peligros.

En efecto, la Compañía, luego que pudo dar tregua a sus cuidados políticos, estimuló las exploraciones de sus vastos dominios y dirigió al mismo tiempo a los países limítrofes viajeros encargados de comunicarle datos acerca de ellos. Estas diversas exploraciones son las que vamos a examinar.



Una de las más curiosas y más antiguas es la de Webb a las fuentes del Ganges.

Las noticias que se tenían hasta entonces sobre este río, eran de las más inciertas y contradictorias.

Así el gobierno de Bengala, comprendiendo la importancia que para el desarrollo del comercio tenía el conocimiento de aquella grande arteria, organizó en 1807 una expedición compuesta de los señores Webb, Raper y Hearsay que debían llevar un acompañamiento de cipayos, intérpretes y criados indígenas.

La expedición llegó el 1 de abril de 1808 a Herduar, población pequeña, situada a la orilla izquierda del río, pero cuya posición a la entrada de la rica llanura del Indostán, hacia de ella un sitio de peregrinación muy frecuentado. En ella se verifican durante la estación calurosa las purificaciones en el agua del río sagrado.

Como no hay peregrinación sin exposición y venta de reliquias, Herduar es el sitio de un mercado importante, donde se encuentran caballos, camellos, antimonio, asafétida, frutas secas, chales, flechas, muselinas, tejidos de algodón o de lana, producciones del Pendyab, del Cabulistán y Cachemira. Vendíanse allí también esclavos desde 3 a 30 años de edad que valían desde 10 a 150 rupias.

¡Curioso espectáculo el de esta feria donde se encontraban tantas fisonomías, tantas lenguas y tantos trajes diversos!

El 12 de abril la misión inglesa salió para Gangautri, siguiendo un camino plantado a uno y otro lado de moreras blancas y de higueras hasta Guruduar.

Un poco más allá se ven molinos movidos por el agua y de una construcción muy sencilla sobre riachuelos orillados de sauces y de arbustos de frambuesa. El suelo era fértil, pero la tiranía del gobierno impedía a los habitantes sacar de él todo el partido conveniente. En breve el país se presentó montuoso, aunque todavía crecían en él melocotones, albaricoques, nogales y otros arbustos europeos. Después la caravana tuvo que penetrar en las cordilleras que parecían unirse al Himalaya. Al salir de sus gargantas vieron el Baghirati, que más lejos toma el nombre de Ganges.

A su izquierda tenía el río altas montañas muy áridas, y a su derecha se extendía un valle fértil. En la aldea de Chivali se cultiva en grande la

adormidera destinada a hacer el opio; los habitantes del país, sin duda a causa de la mala calidad del agua, tenían todos paperas.



En Dyosvara pasaron el río por un puente de cuerdas que se llama Dyula, construcción singular y peligrosa.